

TEMAS PATAGÓNICOS DE INTERÉS ARQUEOLÓGICO

III. *La técnica de la talla del vidrio*

Rodolfo M. Casamiquela *

I. INTRODUCCIÓN

Prosigo, con el presente trabajo **, una serie de estudios destinados a brindar al arqueólogo datos e interpretaciones que han de serle útiles, extraídos de informaciones y/o enfoques procedentes de disciplinas que para el caso pueden ser consideradas como auxiliares; para el tema actual, la etnografía. A pesar de la limitación del ámbito —Patagonia— muchas de las observaciones resultan poseer un interés ecuménico, casi siempre de orden pragmático, o aplicado, pero en algunos casos —como el presente— en realidad teórico (tecnológico). El lector encontrará las referencias de los trabajos anteriores de la serie en las obras citadas, *infra*.

II. ANTECEDENTES ETNO-HISTÓRICOS

El vidrio, procedente de botellas u otros recipientes de origen obviamente alóctono, fue utilizado en la Patagonia propiamente dicha aparentemente sólo a lo largo del siglo pasado. Sus beneficiarios fueron los tehuelches, septentrionales y meridionales, y pueblos metamórficos surgidos de ellos (como los “manzaneros” del sur del Neuquén); no conozco hallazgos fehacientes de artefactos de vidrio en los yacimientos de la costa atlántica, por lo que puede circunscribirse *grosso modo* igualmente su dispersión al interior de la Patagonia. Esto último creo que se explica porque prácticamente no hubo poblaciones indígenas estables en la costa atlántica patagónica luego de la época de la conquista española. Correlacionadamente, la escasa antigüedad de la adopción en el interior se debe a que estos grupos de cazadores propiamente patagónicos fueron singularmente conservadores en lo cultural. Moreno, en 1879 (*vide*, 1882) observó raspadores de obsidiana y punzones de hueso (en vez de agujas o leznas) en la

* Museo de Ciencias Naturales, Antropológico e Histórico “Jorge H. Gerhold”, de Ingeniero Jacobacci, Río Negro.

** Que fuera presentado como comunicación (impublished) al IX Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas de Niza (1976).

tribu tehuelche septentrional de Pichalao, en el sur de Río Negro. Además los indígenas desconocían los fósforos, o por lo menos no los poseían.

Es posible en cambio que en el ámbito pampeano, en donde igualmente fue utilizado el vidrio como materia prima (*cf.* Sanguinetti, 1962-63, 82) la antigüedad de su adopción es mayor. Como dato verificable —aunque yo no he sido capaz de descifrarlo— doy a los arqueólogos el de que un artefacto (raedera) custodiado en la colección privada de don Pedro Castro, Trenque Leuquen (noroeste de la provincia de Buenos Aires), conserva parte de una leyenda comercial, en relieve: “Dor.”. Debajo aparece la mitad superior de una circunferencia, con un punto interno. De interpretarlo, sería posible tal vez establecer la época precisa de su utilización.

Un dato interesante es que ni en el ámbito pampeano ni en el patagónico el vidrio fue empleado como materia prima para la confección de puntas de flecha. En aquél, ciertamente porque la índole de las industrias locales excluía tales elementos (por lo menos de piedra, a la que el vidrio reemplaza; *cf.* Bórmida, 1960; Austral, 1965; Casamiquela, 1969). En éste, debido precisamente a lo tardío de su adopción como queda dicho, ya que el arco y la flecha dejaron de circular durante la primera mitad del siglo pasado (*cf.* Outes, 1915; Bórmida y Casamiquela, 1958-59).

Para encontrar puntas de flechas elaboradas en vidrio hay que pasar a la Tierra del Fuego —en donde, precisamente, la utilización de esta arma perduró hasta nuestro siglo (*cf.* Gallardo, 1910; Gusinde, 1951). Un dato interesante al respecto es el comentario incluido en el “Diario del naufragio del Concepción”, acaecido en el sureste de la Isla Grande de Tierra del Fuego en 1765 (Rato, 1939, 420), en que atribuye a ese naufragio el origen de la utilización del vidrio para las puntas en esa región: “Sus armas son flechas que las hacen con mucho primor, aunque no tienen más instrumento que piedras: las puntas de la flecha son de pedernal; y desde nuestro naufragio dieron en hacerlas de vidrio, que las labran muy bien, sin más instrumento que cualquier pedazo de arco de vasija que encontraban...”.

Llama la atención al etnógrafo la elección del “arco de vasija”, evidentemente el arco de hierro que ciñe las duelas de las cubas: lo que llama la atención es precisamente el hecho de que sea de hierro, material que más recordaría por su peso y tenacidad a la piedra que a la madera.

Esta suerte de pista de la existencia de una técnica distinta de la tradicionalmente aceptada (es decir a través de la presión) parece fortalecerse cuando se lee la siguiente descripción de Gusinde (1951, 189), referida al trabajo de la piedra entre los onas en pleno siglo XX: “Para la otra punta de la flecha, algo más pequeña, se escoge un trozo de piedra de pizarra, a la cual se le han quitado sus bordes a golpes de una tosca piedra de martillo. Después se consigue su perfecta terminación con la ayuda de dos varitas de hueso del tamaño de un dedo: por medio de un blando trozo de cuero coge el hombre la piedrecilla que va a arreglar con el puño izquierdo apoyándola sobre el muslo. La mano derecha coge la varita de hueso de forma de lápiz y la pone casi verticalmente sobre la punta de piedra. Golpeando con la varita va haciendo saltar ranuras de forma de conchas que mientras más pequeñas resultan, más se aproximan a la perfección de la pieza trabajada”.

Gusinde era etnógrafo, y habla de “golpe”; pero parece claro que es un error. En cuanto a la pizarra en reemplazo de la sílice, parecería otro error... y sin embargo de este material —casualmente— hacía las puntas el indígena ona Echelaiten, probablemente vivo todavía en Tierra del Fuego, y que fuera guía del propio Gusinde. De pizarra y con una varilla de hueso, aunque yo no lo vi trabajar y por ende no se cómo utilizaba su varilla. Cuesta aceptar que

el hueso pueda desprender por golpe partículas (escamas) de piedra, pero quizá la pizarra se preste para ello. Antes de seguir con el asunto vaya la observación de que según el mismo Gusinde, esta materia primera era igualmente reemplazada por el vidrio (*ibid*).

Con ánimo de aclarar las cosas acudo al bello libro de Gallardo (1910). En la página 254 vemos a un indígena ona que sostiene una pieza (¿punta?) con su mano izquierda y empuña con la derecha una varilla, aparentemente de hueso y aparentemente retocador. Pero no es posible decir si golpea o presiona, aunque lo segundo parecería lo obvio. Y esta impresión se confirma con la foto de la página 276, en la que otro indígena, en cuclillas, claramente confecciona una punta, sostenida del mismo modo, por *contacto* con una varilla empuñada del mismo modo que en el caso anterior; puesto el artefacto en el puño derecho con el pulgar hacia arriba, la punta activa resulta inferior. Y como para disipar cualquier duda, Gallardo reproduce el objeto en su página 272: es de hueso, como era de esperar, y su aspecto es aquél de un retocador de hueso de los típicos.

El suspiro de alivio del arqueólogo se sujeta, sin embargo, cuando se lee al pie de la foto del artefacto: "pinza = cojeurrasshe". Y se transforma en desconcierto cuando lee la correspondiente explicación (*id.*, 271): "Damos el nombre de pinzas a los huesos llamados *cojeurrasshe*, palabra compuesta de *co*, que quiere decir hueso, *jeurr*, punta de flecha y *asshe*, hacer, lo que muy bien podemos traducir por: para trabajar las puntas de las flechas *.

"Estos huesos son de diversas dimensiones y generalmente se obtienen de las patas de los zorros: tienen unos 20 cm de largo y están quebrados en una de las puntas, en forma de hendidura, con la cual como si fuera una pinza, se saca del vidrio o de la piedra pequeños pedazos, y así se van formando las lindas puntas de flechas que conocemos.

"Cuando se observa al ona —termina— que hace una de estas puntas de flecha se ve que sostiene con un pedacito de cuero de zorro y en la mano izquierda, el vidrio o la piedra, mientras lo trabaja con la pinza tomada con la mano derecha".

Desconcertante relato; y más todavía si se observa cuidadosamente la presunta pinza ilustrada por Gallardo: en vano se ubscará la ranura o hendidura aludida. En mi opinión hay un error... de ilustración, ya que el retocador clásico seguramente también existía. Decir esto es aceptar la existencia de la "pinza" de Gallardo; y bien, según mi informante yámana Agustín Clemente, los yámana trabajan las puntas de piedra con un hueso "como pinza" (*sic!*). De modo que ya son dos las sorpresas, aunque por lo menos parece claro que en este caso no hay "golpe". Ya veremos que entre los tehuelches sí lo hay.

Antes de estudiar la técnica en vigencia entre los tehuelches de la Patagonia, y como se trata no de la confección de las puntas, según lo dicho *supra*, sino de los raspadores, vayan dos palabras con respecto a este artefacto. Es decir con respecto a la piedra o vidrio raspador y con respecto al raspador completo, con su mango.

Los onas llaman al artefacto completo *chahamn*, *fide* Gallardo (*op. cit.*, 269); en mis apuntes (según el indígena Rumatini), *seen*; ignoro si son dos voces diferentes o si esta última se aplicaba a la piedra o vidrio.

Para los tehuelches meridionales, Lista (1894) recogió *eno* o *een* "raspador de vidrio" y *katu* "raspador de piedra", con lo que en este caso parece que

* Rumatini, mi informante ona, confirmó el nombre del artefacto: *heurasen* (ese chicheante).

sí se refiere a la parte activa. "Vidrio", según él mismo, es *kat*, con lo que parece que los términos estuviesen trastocados.

En mis libretas, *k'an* es el modelo descrito y *cheu* en cambio el raspador-cepillo, tipo *ona*, en la misma lengua, según mi informante Josefa Mercerat. Amelia Ibáñez, en cambio, coincide con Lista: *een* "raspador" completo (con vidrio, para el caso), y lo propio Teresa Pascual. En cuanto al "vidrio", para aquélla es *botel* (claramente, de "botella"). "Botella", para Schmid (1860), es *otr*, que parece un apócope de *botel*. La piedra (sílice) es *k'aan*, según Teresa Pascual; en tehuelche septentrional *máhiech*, según José María Cual.

En lengua tehuelche septentrional, ambos tipos se denominan del mismo modo: *iaujëchëwëtr*, literalmente "para raspar, raer" (José María Cual; vocabulario Claraz, *vide infra*).

El tema de los modelos es muy interesante: en general el modelo "cepillo de carpintero" es propio de los tehuelches septentrionales, y el "de mango flexible", propio de los meridionales, pero por un lado, como vimos, aquél tiene nombre en tehuelche meridional actual; y en cuanto a éste, por lo visto fue utilizado por los septentrionales por lo menos a mediados del siglo pasado, época en que el viajero Claraz cruzó el norte de la Patagonia. Agradezco el dato a la señora Delia Millán de Palavecino.

De un modo u otro, de la difusión pan-patagónica del primer modelo hablaría su posesión por los onas de Tierra del Fuego, entre los cuales el artefacto adopta la variante más primitiva (menos funcional). Hela aquí en la descripción de Gallardo (*op. cit.*, 269 *et. sep.*): "Como cepillo, raspa o raspador usa el *ona* el *chahamn*, herramienta en que el hierro... es reemplazado por un pedazo de vidrio, de concha o de mejillón o de piedra.

"Las raspas son de diversos tamaños. Una de ellas tiene 13 cm de largo por 4 de diámetro y es hecha de madera relativamente blanda, como la de los *Nothofagus*. En un corte hecho en uno de los extremos del mango y especialmente preparado para recibir el fragmento de vidrio que ha de servir de raspa, se coloca un cuerpo blando como ser lana, musgo u otros productos vegetales apropiados, con objeto de que el vidrio encuentre blandura y no se rompa. La raspa —es decir el vidrio para el caso—, de forma irregular, tiene cuatro centímetros de largo por 35 milímetros de ancho y se le ha dado filo en un extremo. Esta raspa ha sido fijada al cabo por medio de un pedazo de cuero de guanaco y el todo ligado con una lonja de cuero, bien sobado, del mismo animal, de 1,50 metros de largo y de un ancho de 6 milímetros, lonja que se envuelve alrededor de la herramienta en la forma que lo muestra el grabado".

Las características, yo diría, son, pues: 1) El mango es horizontal y la cara posterior recta. 2) El encastre es posterior y el raspador propiamente dicho o activo (vidrio o piedra) se encaja en él oblicuamente. La cara de lascado queda hacia adelante. 3) El raspador se sujeta al mango por medio de tientos: correlacionadamente, éste lleva un rebaje en la cara anterior, destinado a que no se zafen las ataduras. 4) Consecuentemente, debió ser incómodo para asir, y para trabajar con él probablemente la mano, al cerrarse sobre el conjunto, servía de refuerzo a la atadura.

En el raspador emparentado de los tehuelches septentrionales, las diferencias o modificaciones son las siguientes: 1) El mango es horizontal, pero tanto la cara anterior como la posterior son biseladas; 2) el artefacto es de doble uso, es decir que lleva dos raspadores activos, alternados (uno en la cara inferior y otro en la superior, que se habrá de transformar en ella cuando trabaje). De este modo las caras anterior y posterior son paralelas entre sí como son paralelos entre sí los raspadores, encajados opuestos pero con la misma angulación; 3) Los encastres han migrado al tercio posterior de las caras (inferior y su-

perior), considerado el raspador activo funcionando; 4) la cara de lascado queda hacia adelante, en tal caso; 5) los raspadores son fijados al mango por medio de una pasta especial, a base de resina (de molle; *Schinus*). Un ejemplar mide 110 mm de largo por 40 a 50 de diámetro.

Como en el caso anterior, la cara de lascado del raspador propiamente dicho queda hacia adelante, y el aparato trabaja como un cepillo de carpintero: es decir desde el cuerpo hacia adelante. El cuero al ser raspado se coloca sobre la falda, sobre una superficie elevada cualquiera o, en su defecto, sobre el suelo. *Vide* lámina I, izquierda.

Y vaya de paso la aclaración de que la finalidad del raspador no es, en absoluto, como se lee generalmente y aun entre autores científicos, la de quitar las adherencias grasas de la piel o cosas por el estilo. Por el contrario, se trata de adelgazar directamente el cuero —con la elevación de varios micrones de espesor— para hacerlo más dócil al sobado (que, a mano, viene inmediatamente) y en general al curtido.

El otro modelo aludido *supra* es el que he llamado “de mango flexible”. No tiene prácticamente puntos de contacto morfológicos con el anterior y, como veremos, funcionalmente ofrece ventajas y desventajas. A diferencia del otro, el mango es vertical: consta de una tira de madera (de molle), de unos 250 mm de largo y un espesor de 5 a 8 mm, de sección elíptica, que se dobla al fuego hasta hacer contactar ambos extremos. Se ubica el raspador activo entre ellos y se fija el todo en esa posición por medio de una ligadura de tiento. Como digo, se empuña verticalmente, con lo cual el raspador propiamente dicho trabaja como en el caso anterior: con la cara de lascado hacia adelante y con impulsos que proceden desde el cuerpo. *Vide* lámina I, derecha.



Lámina I: Izquierda, forma de asir el raspador de tipo horizontal. Derecha, forma de asir el raspador vertical. Fotografías de laboratorio.



La ventaja aparente sobre el otro modelo es que cuando el raspador activo se embota, simplemente se desata el tiento, se quita y se afila. En el otro caso la operación involucraría el ablandamiento de la pasta a base de resina (que se obtiene a través del calor); pero en la práctica no hay tal: afilan la piedra o vidrio *in situ*, con el mismo procedimiento que detallaré *infra*.

La desventaja está en la relación entre la posición del mango y los movimientos de la muñeca y brazo para el raspado, ya que la mano, que en el caso anterior trabaja semiabierta y con el dorso hacia arriba, en éste lo hace como un puño, con el dorso hacia afuera, en una posición anatómicamente más incómoda y fatigante. Y de que esto es verdadero da prueba el siguiente hecho de observación:

Empeñado, en el pasado verano (1975), en resucitar la técnica del arte quillanguero, llevé todos los elementos necesarios a una indígena tehuelche meridional de Río Gallegos, Santa Cruz: doña Rosa Amelia Ibáñez (hermana del último cacique). Entre ellos iban los dos modelos de raspador. Y bien, la informante, que desconocía el modelo septentrional, o tipo cepillo de carpintero, lo desdeñó primero y comenzó a trabajar con el meridional. Pero tiempo después probó con el otro, por curiosidad, y de allí en adelante ya no lo abandonó más...

Ya en posesión de todos estos antecedentes corresponde pasar, sin más dilación, a la descripción de la técnica de confección y/o afilado de los raspadores entre los tehuelches actuales.

La he visto aplicar varias veces y he obtenido del mismo modo numerosas descripciones, por lo que la práctica puede considerarse como sólidamente documentada. En especial se trata de raspadores de vidrio, los que por embotarse con relativa rapidez han de recibir correlacionadamente un activado continuo del filo.

Cabe aclarar que a la piedra hoy día no la trabajan, o mejor dicho, que los raspadores de piedra (sílice, por lo general calcedonia) son recogidos directamente de los yacimientos arqueológicos, tan numerosos en la Patagonia. Los afilan, sí, cuando se embotan.

En cuanto al vidrio, rompen una botella, o un fragmento cualquiera y —a favor de la concoidalidad dada por la forma de la botella— proceden a trabajar el raspador con la misma técnica que para el afilado. La explico (*vide* lámina II).

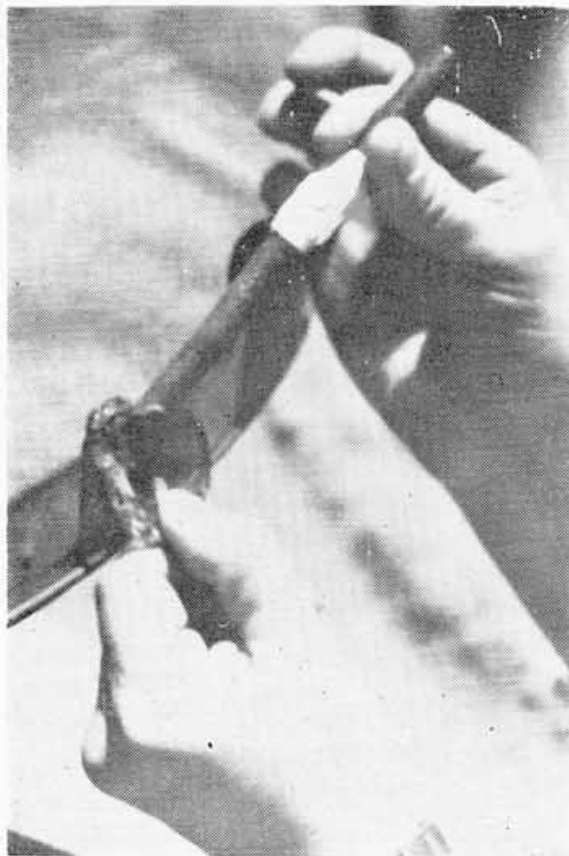


Lámina II: Forma de afilar el raspador propiamente dicho o parte activa, de vidrio. Fotografía de laboratorio; el borde de una silla reemplaza al de un aro de metal, usado como soporte.

Se toma la lasca (fragmento de vidrio) o el raspador, de vidrio o piedra, y se coloca sobre un canto angosto —un aro de metal de unos 10 cm de alto y un diámetro de 25 cm, o una piedra aguzada apicalmente— que obran como yunque. Se la sujeta allí con los dedos índice y pulgar puesta apoyada sobre la cara en que debe producirse el retoque, es decir la opuesta a la de lascado, y

en posición oblicua intermedia (esto es a unos 45° de la horizontal o la vertical). Con la mano libre se toma una varilla de hierro (bulón) *, se la hace oscilar, pendiendo casi desde la punta, y se la aproxima cuidadosamente a la pieza: golpeando apenas su borde activo va produciendo sobre él (es decir, del otro lado) las saltaduras que habrán de crear el filo, o de activarlo. Puesta la pieza por ambos bordes laterales, sucesivamente, se hace la misma operación con ellos.

El "percutor-retocador", que lo es desde que consigue el retoque fino de la pieza pero por verdadera percusión, es hoy en día un bulón o equivalente: una varilla cilíndrica de hierro de entre 10 y 20 cm de largo y un peso de *circa* 100 gr.

Se lo denomina en tehuelche meridional *mesjanuwen fide* Rosa Ibáñez; *másjjen fide* Feliciano Velázquez, de Piedra Buena, Santa Cruz. Se trata de la misma voz, expresada incompleta en el segundo caso; en el primero significa "para afilar" es decir afilador. *Masjenuwen*, según Teresa Pascual (de Piedra Buena, Santa Cruz), quien aclaró: *másjen* "afilar": agregó "*kawur*", que no sé si es un complemento (antepuesto) de *masjenuwen* o un equivalente.

Antes de entrar en otros detalles de interés más propiamente arqueológicos, quiero agregar todavía dos informaciones con respecto al raspador propiamente dicho, piedra o vidrio.

La primera, que cuando doña Rosa Ibáñez se cansaba del raspador enmangado (o completo), tomaba por un rato el raspador solo (de piedra para el caso) y trabajaba con él, presionándolo con el pulgar (sobre la cara opuesta o la de lascado). La segunda, que preguntada doña Teresa Pascual, tehuelche meridional por el porqué del retoque de los bordes de la pieza, respondió sin hesitar: "para que no se rompa". Fingiendo no haber entendido bien repetí la pregunta... y respondió: "porque se puede romper el vidrio". Entiendo que se refería al borde. Por lo visto, pues, existe un motivo, un porqué; si éste es correcto, funcionalmente hablando, es otra historia.

III. ASPECTOS ARQUEOLÓGICOS

En realidad las consideraciones anteriores son todas, creo, de valor para el arqueólogo, pero he de separar en el presente punto algunos datos de interés complementario que lo tocan de lleno, desde que se refieren al elemento utilizado primitivamente para el afilado de los raspadores, antes de la llegada del hierro.

Sólo en el presente verano pude estar seguro de que tales funciones eran cumplidas por una piedra. Hasta esa preciosa información que agradezco a la mencionada Rosa Amelia Ibáñez, cabía preguntarse si la técnica de percusión con una varilla de hierro no habría sido una invención reciente de los indígenas patagónicos. Parecía poco probable, pero desde luego no imposible.

Interrogada la aludida sobre "qué usaban antiguamente, antes de que hubiera hierro...", respondió, otra vez sin vacilar: "una piedra". Y luego la describió: Se trata de una "piedra bien lisa", "larga" (10 cm o poco más), angosta (3 ó 4 cm de ancho). "La sorda traía del norte...". Se refiere a otra tehuelche, quien las traía del Chubut.

Pero faltan sorpresas todavía. Preguntada por el nombre de la piedra... resultó tenerlo específico; otra vez sin hesitar: *gáimën*... (¡¡!!).

* Arqueológicamente, interpreto como tal elemento a una pata de olla de hierro encontrada en un yacimiento subactual, cerca de Jacobacci, Río Negro.

Los signos de admiración se refieren a los siguientes antecedentes, que yo por cierto ya conocía (pero no asociaba con el artefacto en cuestión). Primero, la existencia del paraje Gaiman en el Chubut oriental. Dije pues: "Así que entonces en el paraje *gáimën* —que así se pronuncia— habría piedras de ésas..." "No —fue la increíble respuesta—, porque yo estuve una vez allí y anduve buscando y no encontré". Obviamente, el dato de valor para el investigador es el de que ella, de todos modos, había hecho la asociación! y había buscado las piedras. Con lo cual quedaba contraprobada la veracidad de la información. Pero véanse los restantes antecedentes aludidos:

Escalada (1949, 63) ha dado el vocablo como tehuelche meridional, en realidad para sus informantes *káimack* o *gáimak*, "en que la consonante inicial es muy gutural e intermedia entre una y otra de las anotadas y la última *a* tiene un sonido que se aproxima a una *o*. El significado atribuido es 'piedra de afilar' ". Según su explicación, ha de haberle sonado *qaimëk*; se refiere en realidad al paraje *Yaiken kaimak* del viaje del inglés Musters, pero el propio Escalada asocia el nombre con el de Gaiman, la localidad del valle inferior del río Chubut. Y al hacerlo agrega: "Nos enfría el entusiasmo, no obstante, la opinión de Harrington, siempre digna de la mayor atención, ya que dice: 'Viene en mi ayuda la toponimia para confirmar que el Gününa küne llegaba hasta el Atlántico, en Chubut. Pertenece a su lengua *Gáiman*, pueblo en la orilla del río Chubut, a pocos kilómetros del mar...'. Obviamente se trata de los tehuelches septentrionales para este último autor; y en cuanto a su traducción, ha aceptado éste (1942, 198): "*Gaiman*, voz que erróneamente suele pronunciarse como aguda, es de la lengua *gününa küne* y denomina a una piedra que se utiliza para afilar...".

Moreno, en cambio, parece haber sido sólo descriptivo, es decir haber aludido al aspecto de la piedra (1876-1877, 50): "Gaiman piedra blanca". Y como en seguida habla de la arenisca usada como materia prima para construcciones, induce a pensar que se tratara de esa roca.

Y en realidad, hasta estas novedades australes, yo siempre pensé —por lo transcripto— que se trataba de una piedra de afilar común, es decir de una arenisca. Sin embargo, en mis cuadernos tehuelches septentrionales: "*gaima*, una piedra lisa" para Juan Velázquez, de ascendencia tehuelche septentrional, de Pirrén Mahuida, Chubut. "*Gáim(ën)*, lima" para José María Cual, de Gan Gan, Chubut, mi principal informante.

La información no es clara, o mejor dicho parece incoherente. O tal vez lo aparenta, debido al prejuicio de la piedra de afilar tradicional, que es una piedra arenisca. Si se lo deja de lado, resulta que: el martillo de piedra descripto por Rosa Ibáñez, algo así como una varilla de piedra de cierto grueso, bien lisa, es coherente con la "piedra lisa" de Velázquez, con la piedra "que se utiliza para afilar" de Harrington —y en tal sentido, directamente con la "piedra de afilar" de Escalada—; en fin, con la "lima" de José María Cual, ya que se me ocurre que éste no sólo pensó en el equivalente del artefacto europeo "lima" sino que lo más probable es que haya visto alguna lima usada directamente como afilador de raspadores. Resta la "piedra blanca" de Moreno, dato que sólo especifica que las piedras recogidas en el paraje Gaiman con tal finalidad eran de ese color. Y esto si simplemente no hubo asociación espontánea —e incorrecta— de él, o de sus informantes, entre la "piedra para afilar (raspadores)" y la "piedra de afilar (cuchillos)" que ciertamente es una arenisca*.

* *A posteriori* descubro que Burmeister (1891, 208) alude a las "areniscas muy compactas" existentes en el paraje Gaiman, lo que parece invalidar lo dicho. Y esta invalidación aparece reforzada por lo consignado por Claraz (1865-66), quien da a la

Todo lo que queda para concluir es intentar la identificación del artefacto lítico en cuestión con piedras, o presuntos artefactos, recogidos en los yacimientos patagónicos (en especial en los campamentos recientes de los tehuelches).

Para comenzar, no encuentro antecedentes específicos en la literatura. Desde luego no hacen excepción los artefactos descritos y revistados por Shimmel (1969), que han de interpretarse como verdaderos "compresores". (Al respecto hay que tener cuidado, además, ya que es posible que varios de los que ilustra sean cantos estriados de manera natural; personalmente también he recogido pseudoartefactos de esta clase).

En cambio sí aparecen artefactos identificables con el modelo buscado en las colecciones y, especialmente, en los propios yacimientos. Y llama la atención que predominantemente las piedras asimilables a "afiladores de raspadores" aparezcan en yacimientos de la costa atlántica —aunque no faltan en el interior. En este último caso (zona de Ingeniero Jacobacci, suroeste de Río Negro) se trata de yacimientos patagónicos, de edad variable. En cambio en la costa, la situación no es tan clara, aunque en mi opinión se asocian a las industrias modernas —sin perjuicio de que lo hagan igualmente a otras más antiguas; *vide infra*.

Se trata de simples guijarros, de basalto u otras rocas duras, lisos por ser guijarros y por tales además alargados, más o menos chatos. La característica distintiva es la de estar rotos, despuntados, en una de las puntas o en ambas. El largo y el peso son variables.

En los yacimientos de la costa atlántica norpatagónica, Bórmida los ha identificado, desde luego, perfectamente, pero los interpreta como percutores comunes, y así los describe para las industrias "Sanmatiense" y "Sanjorgense" por ejemplo (1964, 48 y 68); respectivamente: "La talla ha sido realizada siempre mediante percusión directa con dos elementos y percutor duro. Algunos de los percutores hallados son grandes guijarros alargados que han sido utilizados aprovechando uno o ambos extremos...". "Los percutores líticos son guijarros alargados, astillados en uno o dos extremos, o bien los típicos martillos globulares con zonas de superficie picadas por el uso". Lamentablemente, no menciona los percutores al describir los aspectos técnicos de las industrias "Patagónica" y "Norpatagónica", pero como dije, en mi opinión no sólo están presentes estos mismos guijarros despuntados sino que por el contrario lo están en mayor número.

IV. RESUMEN. CONCLUSIONES Y CONSECUENCIAS

Con enfoque meramente etno-histórico, han surgido por lo pronto algunas presuntas variantes a la técnica tradicional, o aceptada como tal, del "retoque por presión".

En el ámbito patagónico-fueguino hacían —y hacen— sus veces (en los raspadores y en las puntas de flecha, por lo menos) el "retoque por percusión" —una suerte de "percusión balanceada"— con percutor duro y pesado (lítico);

voz como tehuelche septentrional: "1) lima, arenisca y también la piedra que usan para amolar, pulir y limar; 2) se llama así también un paradero en la costa norte del Chubut inferior, donde los colonos proveen, realmente, de piedras de amolar...".

De todo lo cual concluyo que "afilar" tiene dos connotaciones en tehuelche: una, la de afilar pasando el artefacto sobre la piedra arenisca (amolar), y la otra, la de aguzar golpeando con un fragmento de hierro a la piedra de sílice, es decir *retoque* con un percutor duro... que otrora fue simplemente una piedra, pero esta vez *lisa*, de las características de la descripta.

con gran probabilidad el "retoque por pellizado", con retocador-pinza, blando (óseo); y con cierta probabilidad, el "retoque por percusión" (quizá sin balanceo, sino puntiforme) * con percutor blando (óseo).

A la luz de la palpable existencia de estas técnicas novedosas habría que revisar, por lo pronto, en lo local o aplicado, la filiación de las industrias tradicionalmente definidas por la utilización dominante del retoque por presión, como precisamente las llamadas "Patagoniense" y "Norpatagoniense". No hay que olvidar que se trata de técnicas muy primitivas, que se remontan al Solutrense de Europa (cf. Bordes, 1968).

En lo universal y teórico, tener en cuenta la existencia de técnicas novedosas e intentar, en laboratorio primero, la distinción entre los productos del retoque por presión y percusión tradicionales, y del retoque por percusión y/o pellizado aquí descriptas. En el caso de la percusión, por lo pronto varían el ángulo de golpe, por lo menos a estar con lo aceptado por Bordes (*cit.*, figura 3), y la posición de la pieza en la mano *. Obviamente habría que aplicar los nuevos datos a la interpretación técnica de las viejas industrias.

Complementariamente, ampliar la teoría de la talla de la piedra y elaborar una nueva nomenclatura, más precisa.

En fin, pensar que las diferencias morfológicas de los raspadores pueden no ser sólo "industriales" sino seguramente también *funcionales*: por lo pronto un raspador muy largo no aceptaría un mango del tipo "cepillo de carpintero"...

* Vale la pena aclarar que la posición en que empuñan los indígenas onas (en las fotos aludidas) el retocador no es la utilizada por los especialistas cultos, por impráctica. (En cambio sería óptima para la técnica de "pellizado".)

BIBLIOGRAFÍA

- AUSTRAL, A. G.; 1965. "Investigaciones prehistóricas en el curso inferior del río Sauce Grande (Partido de Coronel de Marina Leonardo Rosales, Provincia de Buenos Aires, República Argentina)". Trab. Prehist. Semin. Hist. Primit. Hombre, Univ. Madrid, Inst. Esp. Prehist. Cons. Sup. Invest. Cient. XIX.
- BORDES, F.: 1968. *Le Paléolithique dans le monde. L'Univers des Connaissances*, Hachette, París.
- BÓRMIDA, M.; 1960. "Investigaciones paleontológicas en la región de Bolívar (Pcia. de Buenos Aires)". Com. Invest. Cient. Prov. Bs. Aires.
- 1964. "Arqueología de la costa norpatagónica". Trab. Prehist. Semin. Hist. Primit. Hombre, Univ. Madrid, Inst. Esp. Prehist. Cons. Sup. Invest. Cient. XIV.
- BÓRMIDA, M., y CASAMIQUELA, R. M.; 1958-1959. "Etnografía gүнүna kēna. Testimonio del último de los tehuelches septentrionales". RUNA, Arch. Cien. Hombre, IX, 1-2. Buenos Aires.
- BURMEISTER, C.; 1888. "Relación de un viaje a la gobernación del Chubut", *An. Mus. Nac. de Bs. Aires*, XV (tomo III, 4ª entrega).
- CASAMIQUELA, R. M. *In litt.* I. Temas patagónicos de interés arqueológico. I Aspectos interpretativos del arte rupestre.
- *In litt.* II. Temas patagónicos de interés arqueológico. II. La técnica de cocción con piedras calientes.
- 1969. *Un nuevo panorama etnológico del área pampeana y patagónica adyacente. pruebas etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los querandíes*. Edic. Museo Nac. Hist. Nat. Direc. Bibliot. Arch. Museos. Sgo., Chile.
- ESCALADA, F. A.; 1949. *El complejo "Tehuelche". Estudios de etnografía patagónica*. Inst. Sup. Estud. Patagónicos, Bs. Aires.
- GALLARDO, C. R.; 1910. *Tierra del Fuego. Los onas*. Bs. Aires.
- GUSINDE, M.; 1951. *Hombres primitivos en la Tierra del Fuego*. Sevilla.
- HARRINGTON, T.; 1943. *El keñewe o yamjatráwich*. Publ. Inst. Arqueol. Lng. Folkl. "Dr. Pablo Cabrera", Univ. Nac. Córdoba, II.
- 1942. *Diccionario geográfico de las Gobernaciones Nacionales*. Consejo Na. Educ., Bs. Aires.

- LISTA, R.; 1894. *Los indios tehuelches. Una raza que desaparece*, Bs. Aires.
- MORENO, F. P.; 1969. *Viaje a la Patagonia Austral 1876-1877*, Bs. Aires.
- 1882. "Recuerdos de viaje en Patagonia". *An. Ateneo Uruguay*, II, Montevideo.
- OUTÉS, F. F.; 1915. "La gruta sepulcral del Cerrito de las Calaveras", *An. Mus. Nac. Hist. Nat.*, Bs. Aires, XXVII.
- RATTO, H. R.; 1939. "Diario del naufragio del Registro de la 'Concepción' en Tierra del Fuego, 1765", *Anuario Soc. Hist. Arg.*, I.
- POZZI, J.; 1936. "Alimentos, cocina y abrigos tehuelches", *Argentina Austral*, VIII, 90.
- SANGUINETTI, A.; 1961-1963. "Las industrias líticas de Trenque Lauquen (Prov. de Buenos Aires)", *Acta Praehist.*, Centro Arg. Est. Prehist. V/VII, Bs. Aires.
- SCHIMMEL, A.; 1969. *Retocadores de piedra*. Etnía, Mus. Etnogr. Municipal "Dámaso Arce", Olavarría, 10, Bs. Aires.
- SCHMID, Th.; 1860. *Vocabulary and rudiments of grammar of the Tsoneca language*, Bristol.